

—El cargador que me arrojó en el agua.

—¡Cómo!

—Mientras, llena de miedo, temiendo caer, me agarraba de mi vecina Crucecita, él sin duda me sacó del bolsillo todo el dinero y las alhajas que traía... ¡Ah!... ¡Estoy arruinada!.. Estoy arruinada si no logro que se agarre a ese hombre...

Y la infeliz doña Anita lloraba amargamente, dirigiendo la vista hacia todas partes, para ver si descubría al cargador.

Núñez y Leopoldo, conmovidos, pasearon también la vista por la anegada calle; pero no llegaron a descubrir al cargador que la arrojó en el agua, y a quien sin duda hubieran conocido por el traje, pues habían fijado la atención en él cuando tuvo lugar la escena de la caída.

—¿Le ven ustedes?

—No, doña Anita—dijo Leopoldo—; sin duda se ha marchado, temiendo que lo aprehendan.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...—exclamó afligida la infeliz—; Y no poder salir en su busca, por estar las calles anegadas!...

Y doña Anita, perdida toda la esperanza y olvidándose, en su dolor, hasta del encargo que le había hecho Duval, se dejó caer sobre una silla, lamentando su desgracia.

Leopoldo y Núñez trataron de consolarla; pero teniendo precisión de salir, y haciendo ya gran rato que les esperaba el coche, se despidieron de ella.

—Adiós, doña Anita—le dijo el primero—; ya daremos los pasos necesarios para encontrar a ese cargador; pero si no lo conseguimos sabe usted que le ayudaremos a usted mi madre y yo con cuanto sea necesario.

—Mil gracias, don Leopoldo.

—Adiós, pues; tenemos que salir, y la dejamos a usted en su casa; no tardará mi madre en venir a esta pieza.

Y Leopoldo y Núñez salieron, compadeciéndose de la desgraciada doña Anita; bajaron la escalera, entraron en el coche, y poco después se dirigían al colegio de las «Vizcaínas».

Doña Anita, no pudiendo resignarse a perder todo lo que constituía su fortuna, salió veinte veces al balcón, entrando otras tantas desconsolada al no ver al cargador, y dejándose caer en una silla.

De repente vino a fijarse una idea en su imaginación.

El cuaderno que le había encargado Duval.

¿Estaría allí?

¿Le sería fácil apoderarse de él?

¿No podría alcanzar, presentándolo, más dinero que el que acababa de perder?

Duval era hombre rico; le había comprado sus alhajas al precio que le había pedido; ¿podría dudar, pues, que dejaría de recompensarla liberalmente el servicio de entregarle el manuscrito por el que tanto interés había manifestado?

Doña Anita sintió que la alegría volvía a su corazón con aquel pensamiento.

—Sí, Duval me dará cuanto oro quiera por ese cuaderno; le diré la desgracia que he sufrido por servirle, y todo me lo pagará.

Alentada con esta idea, se levantó de la silla que ocupaba, dirigió la vista hacia la mesa, y al tropezar sus ojos con un objeto que en ella había, se pintó en su rostro la alegría más intensa.

—¡Allí está el cuaderno!...—exclamó alborozada.

Luego, temiendo ser sorprendida, miró hacia todas partes, para ver si alguien la observaba.

Convencida a poco de que estaba sola, se dirigió sobre las puntas de los pies, y conteniendo la respiración, hacia la mesa.

Al llegar a ella se detuvo un instante, y volvió a mirar hacia todas partes, temiendo que alguien entrase.

Asegurada de que nadie la veía, se apoderó del cuaderno, y se dispuso a guardarlo.

En aquel momento la puerta vidriera que daba al estudio se abrió.

Doña Anita se puso pálida.

La puerta volvió a cerrarse tres de una persona que entraba.

Esta persona era la madre de Leopoldo.

¿Qué hizo doña Anita al verla?

¿Guardó el cuaderno?

Los acontecimientos nos vendrán a revelar más adelante lo que pasó en aquel momento.

CAPITULO IX

La cita

Los relojes de los sólidos templos de la ciudad daban casi a un mismo tiempo las doce de la noche.

A esa hora México reposa en el mayor silencio.

En los espaciosos y bellos edificios no se descubre luz ninguna.

Los teatros, lo mismo que los cafés y los billares, están cerrados.

Las anchas y rectas calles se miran desiertas.

Sólo al llegar a las bocacalles, se descubre al descuido sereno, sentado en la puerta de alguna casa, metido el sombrero hasta los ojos, embozado en su capote azul, con la espada entre las piernas y el agonizante farol en medio de la calle, roncando dulcemente con la cabeza caída sobre el pecho.

De repente se oyeron los pasos de algunas personas que caminaban aprisa.

Eran dos hombres que marchaban juntos y sin hablar palabra.

Al cabo de algunos minutos moderaron el paso, y miraron hacia atrás, para ver si alguien les seguía.

Al llegar a la esquina de Flamencos, se dirigieron hacia el Empedradillo, atravesando por la Plaza de la Constitución, llamada de Armas, dejando a la derecha el Palacio y la suntuosa Catedral, cuyas gigantescas torres se elevan majestuosas, como centinelas perennes de la religión, y a la izquierda el Portal de las Flores, la Diputación y el Portal de Mercaderes, tan animados de día y tan solitarios en aquel momento.

Al llegar a la esquina de la calle de Tacuba, los dos silenciosos personajes dirigieron la vista hacia los balcones de una casa, y sin detenerse más que el tiempo necesario para ver si se descubría luz alguna, continuaron su marcha por la calle de Santo Domingo, torcieron a la izquierda para entrar en la de Medinas, y detuvieron de repente su marcha al llegar a un edificio, contiguo al cual se elevaba entonces la sólida tapia de un pequeño jardín con algunos árboles frutales.

Aquellos dos hombres, sin hablarse palabra, dirigieron la vista a todas partes, para cerciorarse de si estaban solos.

Al convencerse de que nadie les veía, uno de ellos se apoderó de la escalera del sereno, que estaba en la acera de enfrente; la arrimó a la pared, subió por ella, y se quedó encima de la tapia observando hacia adentro.

—No hay nadie—dijo en voz baja al que se había quedado en la calle—; vuelva usted a colocar la escalera donde estaba, y venga usted.

El hombre a quien se dirigían estas palabras hizo lo que

su compañero le mandaba, y volvió a colocarse debajo de la tapia.

El que estaba arriba había, entre tanto, logrado poner dos enormes clavos encima del paredón; sacó de debajo de un ancho levitón en que iba envuelto, una escala de mano; la aseguró a los clavos, y la colocó hacia la calle, diciendo al que esperaba:

—Suba usted.

Este subió con indecible rapidez.

Al verle arriba, el primero levantó la escala y la colocó a la parte del jardín.

Su compañero bajó por ella; en seguida hizo lo mismo él; miraron hacia un balcón de la casa contigua al sitio en que estaban, y que daba al mismo jardín; caminaron luego sobre las puntas de los pies para no ser sentidos, y se escondieron detrás de unos árboles que se levantaban a un lado de la puerta de aquel pequeño pensil, que comunicaba con la calle, y que estaba cerrada por dentro con llave, tranca y fuertes cerrojos.

—Hemos llegado a buena hora, doctor—dijo en voz muy baja uno de ellos—; esto está solo, y no faltan más que algunos minutos para la hora de la cita.

—El principio es bueno, y creo que será excelente el fin, señor Duval.

—¿No nos habrá visto entrar alguno?

—Ninguno.

—Es preciso que nadie sospeche ni remotamente que hemos dado este paso.

—Me importa a mí tanto como a usted el secreto, pues somos interesados y ejecutores.

—Nuestro nuevo plan de apoderarnos de ella y de él, para que todos crean que ha huído con Leopoldo, es excelente, y digno del talento de usted; pero temo que los dos solos no seamos bastantes para obligarles a salir de aquí, y llevarles a donde hemos dispuesto.

—Le repito a usted que sí, señor Duval. Yo, encubierto con la careta, me apoderaré del amante, y usted, haciendo lo mismo, se arrojará sobre Clotilde, y amenazándole a cada cual con la muerte del otro, nos seguirán al instante, estoy seguro de ello.

—¿Y si, contra lo que es de esperarse, resistiesen?

—Entonces morirá Leopoldo; pero no se opondrá; el temor de que asesinen a su amada le obligará a seguirnos, lo mismo que a ella al ver amenazada su vida por mi puñal.

—Parece que así debe suceder.

—Y sucederá. Entonces, libres de todo temor, usted, para no despertar sospechas, fingirá un profundo sentimiento por la desgracia del objeto amado; dirá usted que necesita volver a Europa para distraer la pena que le consume. Entre tanto, yo habré llegado a Veracruz con Clotilde, valiéndome, para que me siga sin quejarse, de la amenaza de que Leopoldo será muerto a la menor resistencia que haga; y cuando todos estemos en el puerto, fletaremos el primer buque, y dejando a Leopoldo en México, nos haremos nosotros a la vela para Europa, donde, después de repartir las utilidades, nos separaremos como buenos amigos para vivir cada cual como más conveniente juzgue.

—Así lo hemos resuelto, y así se hará; veo que no hay otra manera de vencer a Clotilde, y será mía por la fuerza, lejos del suelo de su patria.

El doctor llevó en aquel momento el dedo índice de la mano derecha a los labios, indicándole que no hablase, y señaló con la izquierda hacia el balcón que caía al jardín.

Duval guardó silencio y miró hacia donde su cómplice le señalaba.

La puerta interior se abrió suavemente, y una luz brilló al través de las cortinas que velaban la vidriera. Una sombra se dejó ver detrás de ésta; poco después giró una de las hojas al impulso de una mano blanca y delicada; luego se abrió la otra; la luz desapareció, y en seguida se dejaron ver en el balcón dos señoras, afianzadas fuertemente de las manos, y mirando con pavor hacia el jardín.

Una de ellas se dispuso a bajar, y la otra se detuvo temblando.

—No tenga usted miedo, madre mía—dijo en voz baja la primera y con una dulzura encantadora—; no tenga usted miedo. Si usted me abandona, ¿qué será de mí?... ¡Me ha suplicado tan encarecidamente que le conceda esta entrevista!...

—Sí, querida Clotilde; conozco que es preciso que des a Leopoldo una seguridad de tu amor; que le jures que de nadie serás sino de él; que le ruegues que espere tranquilo el resultado... Pero, ¿qué quieres!... La obscuridad, el sitio, la hora..., todo me hace temblar sin saber por qué.

—Y ¿dónde quiere usted que le vea, cuando me está prohibido recibirle en casa; cuando Duval pregunta a todos los criados si le han visto entrar?... ¡

—¡Todo lo conozco, hija mía!... ¡Pero, he sido tan desgraciada en mis amores..., que tengo miedo!... ¡Miedo por ti,

por ti, cuya felicidad la compraría a costa de toda mi sangre!...

—Pero, ¿cree usted que realmente exista algún peligro en esa amorosa entrevista?

—¡No, idolatrada Clotilde!... Pero cierto funesto presentimiento... No sé..., pero yo me alegraría que desistieses y que volviésemos a entrar en mi cuarto.

—¡Ah!... ¿Y qué diría Leopoldo?... ¡Diría que me había olvidado de él..., crecerían sus temores, y tal vez me maldeciría!...

—Mañana te disculparías con él..., le dirías que yo te había suplicado que no asistieses al jardín; pero que le amas y que estoy dispuesta a defenderte contra el poder del señor Duval. ¿No te parece bien, hija mía?...

Clotilde se quedó triste y abatida, y contestó con melancólico acento:

—¡No tengo más voluntad que la de usted!...

Inés se conmovió al ver la resignación de aquel ángel de inocencia y bondad. Nadie como ella, que amaba, podía comprender la honda pena que le costaría renunciar a aquella dulce entrevista con su amante, y no quiso exigir aquel sacrificio, que sin duda desgarraría el corazón de la joven.

—No, hija mía!...—exclamó la hermosa protectora, estrechando su pecho a Clotilde—; veo que es una pueril preocupación la mía; mi excesivo amor me presenta fantasmas que debo desechar; bajemos, sí; Leopoldo es digno de las más altas pruebas de consideración.

—¡Cuán buena es usted!—dijo arrebatada de gozo Clotilde, brillando en sus ojos las lágrimas del placer—. ¡Usted me vuelve la vida!... Sé que hace usted un esfuerzo para sobreponerse a los temores de su presago corazón... Pero no tenga usted recelo; ¡es la primera y acaso la última cita que nos demos!... ¡Y le amo tanto!... Tanto como usted amó, madre mía, al hombre que no la ha olvidado a usted un solo momento en la obscura prisión en que gime.

Los bellos ojos de Inés se arrasaron de lágrimas.

—Bajemos, hija mía—exclamó conmovida—; bajemos; ¿por qué te he de privar del placer único que existe en el mundo para los desventurados seres que de veras aman? ¡Es tan dulce jurarse eterno amor dos almas a quienes une una misma voluntad y un mismo pensamiento! Sí; te acompañaré, Clotilde hermosa, y Leopoldo verá que tienes en mí una amiga, una madre que te defenderá constantemente.

—¡Gracias, gracias, madre mía!...—exclamó la tierna joven, estrechando agradecida la mano de la cariñosa Inés.

—Sí, bajemos; ¿qué debemos temer? Tal vez traiga el cuaderno que por un caso providencial volvió a su poder; y si es así, y nos sorprende mi hermano, se lo mostraremos, y de su lectura resultará acaso el bien que anhelas.

—¡Ah!... ¡Cuánto celebraría que lo trajese!... En él están los tiernos caracteres del hombre que hace latir el corazón de usted, y la prueba de la inocencia del sér que yo idolatro...

—¡Oh!... ¡Sí!... En las breves páginas de ese precioso manuscrito está escrita la historia de los padecimientos de mi fiel Ricardo... Del hombre que no me ha olvidado un solo instante..., que me ama como me amó en los primeros días de nuestro amor...

Y la hermosa Inés se sintió conmovida hasta lo más profundo de su corazón al pronunciar estas palabras.

Clotilde le estrechó la mano enternecida.

El reloj de la Catedral sonó entonces la hora.

—¡La una!...—dijeron las dos a un tiempo, descendiendo una tras otra al jardín con el mayor sigilo.

—¿Traes la llave de la puerta?—preguntó Inés, con voz casi imperceptible.

—Sí, aquí la traigo—contestó Clotilde.

—Pues, marchemos a abrir, porque sin duda estará esperando.

Y ambas caminando sobre las puntas de los pies, y agarradas de las manos, se dirigieron por una calle de árboles frutales con dirección a la puerta.

Duval y el doctor se ocultaron más aún, detrás de los troncos, cubriéndose los rostros con ligeras caretas de tafetán para no ser conocidos en caso de que los viesan.

Las dos hermosas pasaron por junto a ellos.

Los enmascarados contuvieron la respiración.

—Ahora que ha llegado el momento, es cuando tiemblo, madre mía—dijo Clotilde, deteniéndose a pocos pasos de los que estaban ocultos.

—Si temes, volvamos—contestó Inés, que no había podido desechar un funesto presentimiento—; aun estamos cerca.

Duval y el doctor echaron mano de las dagas, y se dispusieron a arrojarlas sobre ellas en caso que intentasen retroceder.

Clotilde titubeó un instante sin saber qué resolución tomar; pero el amor era el sentimiento que se sobreponía a todo, y dijo:

—No; es preciso que no me crea indiferente.

Y echó a andar sin esperar respuesta.

Inés la siguió recelosa y pálida.

Los que escuchaban volvieron a guardar las dagas, y esperaron sin moverse.

La noche seguía serena y hermosa.

Nada alteraba el silencio de ella.

La naturaleza entera dormía.

El viento había plegado sus ligeras alas y no jugaba con las hojas de los árboles.

Sólo el acompasado y constante ruido de una pequeña fuente, situada en medio del jardín, dejaba oír el monótono son de sus aguas, que saltaban de graciosos surtidores.

—¿No has oído?—dijo Inés deteniendo a Clotilde, y mirando a todas partes sobresaltada y pálida.

—¡Qué!—exclamó la joven, participando de su terror.

—Creí escuchar...

—Nada—dijo la joven, viendo que todo estaba quieto y solitario—; es el ruido de la fuente, a quien nuestro pavor le presta sonidos terribles.

—Sí, creo que tienes razón..., marchemos.

Clotilde llegó a la puerta del jardín que daba a la calle; miró por la cerradura; aplicó luego los labios a ella, y preguntó en voz baja:

—¿Quién?

—Anagalida.

Al oír el nombre de esta hierba, que indica «cita» y reconocer la voz del que respondía, la joven descorrió el cerrojo, quitó la tranca, dió dos vueltas a la llave, abrió con gran precaución la puerta y recibió al artista, volviendo a echar el cerrojo únicamente.

Al entrar Leopoldo, un hombre que le había venido siguiendo, sin ser visto, y que se detuvo en la esquina mientras esperaba a que le abriesen la puerta del jardín, cruzó la calle, se acercó a la tapia, miró hacia todas partes, y exclamó:

—No le perderé de vista.

Leopoldo, entre tanto, bien ajeno de pensar que junto a él estaban ocultos dos hombres que espiaban todos sus movimientos, y que afuera le esperaba otro que había ido siguiéndole, saludó respetuosamente a Inés, estrechó la mano de su amada y bendijo en el fondo de su corazón aquel instante de felicidad.

—Alejémonos de la puerta—advirtió Inés—; no sea que alguien pase y escuche nuestras palabras.

Esta reflexión pareció justa, y se dirigieron hacia el centro del jardín, tomando la misma calle que habían llevado.

El doctor Duval, viendo que tenían que pasar por junto

a ellos, se pegaron cuanto les fué posible a los árboles, tras los cuales estaban ocultos.

Clotilde condujo a su amante bajo de un moral circundado de un asiento rústico y gracioso.

Inés, fingiendo coger unas flores, se retiró un poco para dejarles en libertad de expresar sus sentimientos.

—Este es mi árbol favorito—dijo la joven a Leopoldo—; cuando mi imaginación, temiendo perderte, me representa contratiempos y peligros, vengo a llorar en él, porque es el intérprete de mi ferviente anhelo; él encierra este inmutable concepto, dictado por mi amante corazón: «No te sobreviviré; te seguiré a la tumba».

—¡Ah..., Clotilde! ¡Cuán dichoso me haces con tus palabras!... Pero cuando no las oigo, cuando estoy lejos de ti, acompañado de los temores que me inspira ese Duval, que se ha propuesto poseerte, robarme mi felicidad, entonces mil ideas me asaltan, mi corazón sufre horriblemente, y el temor de perderte me hiela la sangre.

—¡Perderme!... ¿No tienes confianza en mí?... ¿No sabes que todo el poder del mundo no bastará a hacer cambiar mi corazón?

—Sí, todo lo sé; todo, hermosa mía. Yo sé que tus palabras son la expresión más pura de tu alma virginal; pero es tan inmenso mi amor, tan necesaria a mi vida la ventura de llamarte mía, que el mismo deseo me convierte en temeroso y desdichado. Por eso he solicitado de ti esta entrevista..., porque en ella quiero que acaben mis temores y mis desconfianzas; porque en ella quiero alcanzar la garantía para el porvenir, y la seguridad de que no pertenecerás a nadie más que a mí sobre la tierra.

—¿No te bastan mis repetidos juramentos de amor?... ¿No te repite que seré tuya a todas horas, ese anillo que miro brillar en tu dedo?...

—Sí, Clotilde mía; todo me está diciendo que me amas, que soy el más venturoso de los hombres; pero, ¿te negarías a complacerme, si te suplicase que repitieses en esta noche, aquí mismo, el juramento de ser mía, ante la imagen de un Sér que ambos adoramos?

—Dispuesta estoy a satisfacer tu exigencia. ¿Cuál es la imagen ante la cual crees que tendrán más fuerza mis juramentos?... Dímelo, preséntamela, y mis labios repetirán lo que mil veces han dicho, que soy tuya hasta la muerte.

—Aquí está—dijo Leopoldo, sacando un pequeño crucifijo de oro que llevaba al cuello—; ante este Sér de amor y de piedad en quien crees, como yo creo; ante este divino Sal-

vador de los hombres que lee en el fondo de tu corazón como lee en el mío y ante el cual es un crimen jurar en vano, prométeme que serás mía, como yo juro ser tuyo para siempre.

Clotilde tomó en sus manos con fervoroso anhelo la sagrada imagen, la estrechó contra su corazón, se puso de rodillas, y exclamó:

—Juro ser tu esposa o de ninguno sobre la tierra; lo juro por la preciosa sangre que vertió el Redentor sobre el sacrosanto madero.

Duval apretó los puños, dejando ver en su rostro la ira. El doctor le agarró del brazo para que se contuviera.

La joven se levantó con apacible rostro después de pronunciar su juramento, besó con religioso respeto la sagrada imagen y se la entregó a su amante.

Leopoldo estrechó lleno de júbilo contra su corazón a la amorosa joven, diciéndole con apasionado acento:

—Ya eres mi esposa ante el Eterno.

—Sí; y nada puede quebrantar mi juramento. ¿Estás tranquilo?

—¡Oh..., sí!... Tus palabras han sido el bálsamo que ha calmado los celos y los tormentos que me inquietaban sin cesar.

—Tuya o de ninguno—volvió a repetir Clotilde, con firme acento.

—Hermosa Inés—dijo Leopoldo, viendo acercarse a la protectora de su amada—; si algún día llegasen a conducir por violencia al pie de los altares a la mujer que amo; si la hiciesen dudar de mi amor para que me dejase por otro hombre...; si llegase a echar en olvido los sagrados juramentos que en este instante acaba de hacerme solemnemente, para dejarme sumido en penas y constantes lágrimas..., recuérdela usted, bella Inés, recuérdela usted los juramentos que acaba de hacerme; dígame usted que son sagrados; que faltar a ellos sería faltar a la promesa hecha ante el Supremo Juez, que nos tomará cuenta de nuestros ofrecimientos...

—Antes me faltará la vida, que valor para cumplir mi sagrada promesa—exclamó Clotilde—. Delante de Dios he jurado ser tu esposa, y nunca podré ser perjura; él nos ha unido, y nadie en el mundo tendrá poder para separar nuestras voluntades, ni nuestras almas.

—Sí, Leopoldo—dijo la hermosa Inés, estrechando la mano de su protegida—. Clotilde cumplirá su palabra y en vano los hombres se opondrán a la felicidad de ustedes; yo seré su consejera, su sostén y su guía, y de nadie será más que de

usted, de usted a quien ama; de usted, que es un joven honrado digno del aprecio general, y que estoy segura de que labrará la felicidad de Clotilde. Si hasta hoy se ha opuesto la calumnia a la realización de este deseo, yo, que estoy persuadida de la honradez de su desgraciado padre; yo que he leído la infamia de que se valieron para acusarle, publicaré su inocencia.

—¡Ah!... ¿Conque llegó usted a leer el cuaderno antes de que llegasen a arrebatárselo?

—Sí, leí ese cuaderno escrito por un hombre que merece entero crédito...; por un hombre que sufre en una horrible prisión, y que es víctima de la maldad del mismo que labró la desgracia de su padre de usted.

—¡Oh!... ¡Qué me importa ya la calumnia levantada para empañar la limpia honra del sér que me dió la vida, si usted y el ángel que idolatro están convencidas de su inocencia!

—Es que nunca dudamos de ella.

—Pero a mí me importaba corresponder al buen concepto que tenían ustedes formado de la honradez de mi calumniado padre, manifestando de una manera palpable que no había sido infiel al corazón de usted y de Clotilde al juzgarle inocente.

—La prueba sobraba donde la convicción era firme e inviolable.

—¡Ah..., gracias!... Si la opinión del señor Landeta me fuera tan favorable, nada temería ya.

—Mi hermano cambiará tan pronto como vea ese escrito.

—¡Cómo!... ¿No llegó usted a enseñárselo?

—Me lo arrebataron antes de que yo misma lo acabase de leer.

—¡Qué desgracia!—exclamó abatido Leopoldo.

—¿Por qué?—preguntó inquieta Clotilde.

—Porque en ello se funda mi esperanza de alcanzar su aprecio.

—Pero eso se conseguirá fácilmente—advirtió Inés—. ¿No hizo usted saber a Clotilde que el cuaderno había caído otra vez, por un caso providencial, en poder de usted?

—Sí; pero ha desaparecido del sitio en que estaba guardado!

—¡Cómo!

Duval aplicó el oído.

—Lo ignoro; lo dejé olvidado en la mesa de nuestro estudio la tarde de la fuerte tempestad, y cuando volvimos de la calle Núñez y yo, nos encontramos sin él.

—Pero, ¿no sospecha usted quién pueda haberse apoderado de él?

—Absolutamente.

—¿No sabe usted qué personas entraron en ese día en su casa?

—Sólo una pobre vecina, ya anciana, que entró llorando a suplicarnos saliésemos al balcón para pedir que aprehendiesen a un cargador que, al pasarla cargando, la había tirado al agua y robado el dinero y alhajas que llevaba en el bolsillo.

—Pues tal vez sea esa mujer.

—No; fué cierta su desgracia; nos merece entera confianza; además, a poco de haber salido Núñez y yo, entró mi madre, que no se separó de ella mientras estuvo en casa; luego cayó enferma a consecuencia de haberse caído al agua, y aun sigue hasta este momento en cama.

Duval, que no había perdido ni una sola palabra de aquel diálogo tan interesante para él, sintió inundado su corazón de alegría y de esperanza, y dijo interiormente:

—Ahora comprendo por qué no fué doña Anita a entregarme ese cuaderno. ¡Y yo que creí que se había burlado de mí!... Mañana mismo iré a su casa y me haré de ese interesante manuscrito.

—La pérdida de ese documento—dijo Inés—, viene a trastornar el plan que yo había trazado para vencer a Duval.

—¿Pero no cuento con el amor de Clotilde?—preguntó Leopoldo, enajenado de gozo y estrechando la mano de su amada.

—Siempre—contestó la hermosa huérfana.

—¿No ha jurado ante la sagrada imagen del Crucificado, ser mía?

—Hasta la muerte.

—¿Qué falta, pues, a mi amor?

—Que el cielo lo proteja.

—Y el cielo lo protegerá—dijo Leopoldo lleno de fe—; porque el cielo premia todo lo justo, todo lo noble, todo lo santo.

—¡Sí!...—pronunció Clotilde, enajenada de placer y participando de la confianza de su amante—; el cielo, que ha oído mis juramentos, los acogerá benigno; y la Providencia velará por nosotros.

—Sí, la Providencia velará—contestó Leopoldo—. Ahora, pues, que ella nos ha oído, ahora que ella ha escuchado los juramentos que Clotilde ha pronunciado solemnemente, par-

to tranquilo y con la fe en el corazón. Adiós, bondadosa Inés; adiós, hermosa Clotilde. ¡Adiós!...

El joven artista saludó respetuosamente a Inés; estrechó ardientemente la mano de su amada, que le envió una mirada profunda de amor, y se dispuso a marchar.

Clotilde se levantó de su asiento para acompañar a su amante hasta la puerta, y cerrarla.

Inés, para dejarles libres aquellos últimos instantes, tan dulces para los que aman, penetró a un precioso cenador, cubierto de enredaderas y flores, y se sentó a esperar a su protegida.

El doctor y Duval, cubiertos con las caretas, se prepararon, al verles caminar con dirección a ellos; empuñaron sus dagas y esperaron el momento oportuno.

La cabeza de un hombre asomó en aquel momento por encima de la tapia del jardín.

Era el mismo que había ido siguiendo cautelosamente a Leopoldo.

Cansado de esperar, se había valido de la escalera del sereno para subir.

El pintor, entre tanto, se adelantaba tranquilo y sin recelo al lado de la mujer que amaba, bien ajenos ambos de pensar que tan cerca estaban de un peligro inminente.

—Ahora nada temo, querida Clotilde—decía Leopoldo, cuando estaban a pocos pasos de los que les esperaban—; tú eres mi esposa delante de Dios, y a nadie puedes ya pertenecer; mis temores han cesado, y las pretensiones de Duval se estrellarán ante un imposible.

En aquel momento llegaron a los árboles en que estaban ocultos los dos malvados.

La joven iba a contestar; pero se vió de repente sujeta por detrás y tapada la boca con un pañuelo, lo mismo que Leopoldo, amenazados ambos por dos puñales dispuestos a caer sobre sus pechos.

Inés se encontraba dentro del cenador y nada pudo ver.

—Sígueme, o muere tu amada—exclamó uno en voz baja, pero terrible, dirigiéndose al sorprendido artista.

—¡Salgamos, o muere tu amante!...—dijo el otro a la angustiada hermosa.

Leopoldo quiso desprenderse, pero su contrario le tenía fuertemente sujeto.

—Si hace usted otro movimiento, es muerto—dijo el que le tenía fuertemente asido, levantando el puñal.

Clotilde palideció.

El hombre que estaba sobre la tapia, sacó una pistola,

apuntó con ella, la disparó prontamente, se oyó un ¡ay!... desgarrador en el jardín, y se vió caer envuelto en su sangre a uno de los tres, y sin sentido a la desdichada Clotilde.

CAPITULO X

Un baile leperocrático

Estamos en una casa de vecindad del barrio de la Palma, uno de los más afamados en México por lo valiente y pendenciera que es la gente baja que en él vive.

Al ver a aquellos hombres envueltos en sus frazadas, caído el sombrero «jarano» o de petate, de inmensas alas, sobre la oreja derecha, y generalmente hacia atrás, de rostros cetrinos, con el cigarro en la boca y el «jierro», como ellos dicen, metido en el ceñidor que sostiene su ancho calzón blanco, los transeúntes aligeran el paso al toque de oraciones, temiendo que tengan la cortesía de aligerarles de lo que llevan.

Pero es preciso hacer justicia al pueblo bajo de México.

El es valiente y pendenciero; expone su vida, a la «rifa», para servirse de sus palabras, por una expresión ofensiva, por la menor prueba de desprecio que reciba de otro igual; pero no mata, no insulta, no se mezcla con la gente pacífica y decente que transita por lo más solitario y retirado de la ciudad, aunque sea la hora más avanzada de la noche.

Los que lo contrario dicen; los que le pintan en Europa acechando en cada esquina al confiado ciudadano que pasa, para despojarle del dinero y de la vida, no conocen el país o han tratado de denigrarle.

Yo he recorrido a las once y doce de la noche, por espacio de muchos años, los barrios señalados como los más peligrosos, sin llevar arma ninguna, y jamás he tenido que arrepentirme de mi confianza.

He asistido a las diversiones populares, a sus fiestas públicas, a sus paseos favoritos, para estudiar sus costumbres; me he mezclado, por decirlo así, entre ellos, para escuchar sus palabras, juzgar de su talento natural, y conocer sus tendencias; he observado de cerca cuanto les atañe, y nunca he tenido contratiempo ninguno.

Esto prueba la índole excelente del pueblo mexicano, to-